

tos planes, firmaron el tratado en esa forma, con la esperanza de que las circunstancias y el tiempo cambiaran las cosas en su favor.

Después de firmado el tratado de Londres, no tardaron las fuerzas aliadas en presentarse en aguas mexicanas. El 14 de Diciembre de 1861 entró la flota española en el puerto de Veracruz y durante los primeros días del mes siguiente aparecieron las escuadras francesa é inglesa. Cada una de estas flotas venía acompañada de un enviado especial con poderes amplios para tratar con el Gobierno mexicano. España estaba representada por el General Prim, Francia por M. de Saligni é Inglaterra por el Almirante Wyke. Estos enviados, ó comisionados como se les llamó oficialmente, lanzaron conjuntamente una proclama, manifestando al pueblo que su única misión en aguas mexicanas era arreglar el asunto financiero pendiente entre las naciones europeas y representadas por ellos y México. A ésto se siguió inmediatamente una conferencia, y finalmente se convino por el tratado de la Soledad, firmado el 19 de Febrero de 1862 entre el General Prim, en representación de los aliados, y Manuel Doblado, Ministro de Relaciones de México, que se daría entera y completa satisfacción á los reclamantes extranjeros. Se convino también en este tratado que las tropas francesas avanzaran á Orizaba y las españolas á Tehuacán, temporalmente é inter se completaban los arreglos preliminares que se estaban llevando á cabo. Esta concesión fué hecha por México con motivo de las malas condiciones climatéricas de la costa, enfermizas, especialmente para los europeos.

Manuel Doblado, que era uno de los diplomáticos más distinguidos al servicio del Gobierno liberal de México, había comprendido la situación durante las conferencias que había tenido con los representantes de las potencias, y había llegado á la conclusión de que eran sus intereses tan distintos, que no era posible pudieran seguir de acuerdo. Y así, al firmar el tratado preliminar de la Soledad trataba de ganar

tiempo, con la seguridad de que pronto se disolvería la alianza de los poderes. Muy luego fué confirmada su opinión: pues Inglaterra, que no tenía otro motivo para entrar en la alianza que el coleccionar ciertas deudas que tenía México en aquel país, percibiendo las ideas ambiciosas del dominio que Francia traía, se retiró de la alianza. España juzgó de la situación lo mismo que Inglaterra; y de consiguiente las flotas española é inglesa se retiraron de aguas mexicanas. La flota francesa, sin embargo, obrando de acuerdo con instrucciones de Napoleón, permaneció en Veracruz y fué reforzada en Marzo; á pesar de que el tratado preliminar de la Soledad estipulaba expresamente que las tropas extranjeras serían retiradas, tan luego como el mismo fuera aprobado por las otras partes interesadas, esto es, por los comisionados inglés y francés.

Y entonces tuvo lugar uno de los hechos más raros que han tenido lugar en las guerras modernas: pues los franceses sin haber declarado la guerra, ni manifestado motivos para ello, y obrando bajo la apariencia del mayor desinterés, comenzaron formalmente á subyugar una nación amiga. Sin manifestar motivos para ello, repudiaron las condiciones del tratado de la Soledad, el cual acababa de firmar su comisionado, y procedieron á llevar á cabo las instrucciones que Napoleón III había dado al comandante de la flota á su partida de Francia.

Por supuesto, se tenía que dar alguna excusa para semejante procedimiento; y los franceses la encontraron en la circunstancia de que cierto número de generales reaccionarios, oficiales y otros miembros del partido conservador se les habían incorporado invitándoles á intervenir para establecer orden en el país. Esta fué la actitud más extravagante que podían haber tomado, tanto más cuanto que el comisionado de la nación francesa había estado en constante comunicación con el Gobierno de Juárez, y había firmado juntamente con los otros aliados el tratado de la Soledad, cuyas condiciones había ratificado después.

Pero lo cierto del caso es que todo el plan de campaña había sido arreglado antes de salir de Francia, entre Napoleón y los representantes del partido conservador mexicano; y la deserción de la alianza de parte de Inglaterra y España, había facilitado á Francia el llevar á debido efecto sus planes preconcebidos, para el establecimiento de un imperio en México bajo la protección del monarca francés y gobernado por un miembro de alguna de las casas reinantes de Europa.

A la llegada de los aliados, Juárez había ordenado la evacuación de Veracruz, pues experiencias anteriores habían mostrado que los fuertes que defendían el puerto no valían gran cosa contra buena artillería ó cañones marinos. Además, creyó más conveniente reunir sus fuerzas en la altiplanicie y allí aguardar los acontecimientos, con la seguridad de que el viaje por las tierras cálidas y la fatiga de las marchas por las montañas no mejorarían la condición de los ejércitos de los aliados. A Juárez se le culpó por esta disposición; pero era la única que podía tomar con alguna esperanza de éxito; pues la superioridad de los ejércitos invasores era evidente, aunque Juárez hubiera estado sostenido por toda la nación mexicana. Pero, como ya hemos visto, el país acababa de pasar por una larga guerra civil de lo más desastrosa y sangrienta, guerra que había enteramente agotado sus recursos; y aunque Juárez había logrado dominarla, no podía sino sostenerse contra los jefes reaccionarios que aún infestaban los distritos montañosos del país con sus partidas de guerrilleros. Por consiguiente, en la situación en que Juárez se encontraba, no era de esperarse que pudiera hacer mucha resistencia contra los franceses aliados con los jefes reaccionarios de todo México, muchos de los cuales llegaron al campo de los invasores aún antes que hubiera tenido lugar ningún acto hostil.

A la noticia de la llegada de la flota española á Veracruz y del informe de que las escuadras france-



YENDO AL MERCADO.

sa é inglesa estaban en camino para México, se había ordenado al General Mejía que marchara con dos brigadas de tropa á Orizaba. La primera de estas brigadas iba al mando del mismo general Ignacio Mejía, el viejo veterano de la reforma, y la segunda al mando del General Díaz; esta última estaba compuesta de dos batallones, uno de Morelos y el otro de Guerrero, á los cuales estaba agregado un pequeño cuerpo de caballería.

Dos meses después se le ordenó á Mejía se trasladara á San Andrés Chalchicomula, adonde llegó en la tarde del 6 de Marzo de 1862, y se alojó con sus tropas en las oficinas y anexos del Departamento de Contribuciones del distrito. Poco ó ningún cuidado se tuvo en inspeccionar el lugar elegido para cuartel, y ninguna precaución se tomó para evitar los peligros que podían originarse de alojar un gran cuerpo de tropas en sitio tan poco apropiado, lleno de artículos inflamables de varias clases, entre los cuales se encontraban cantidades de munición y parque de artillería. Durante la noche se declaró en el edificio un incendio, debido al descuido de uno de los soldados, quienes habían encendido sus fuegos dentro del local. El fuego se extendió rápidamente y tuvieron lugar varias explosiones antes que los soldados y las mujeres y niños, que siempre acompañaban á los ejércitos mexicanos en esos días, pudieran ponerse en salvo, y así pereció la mayor parte de la gente al mando de Mejía. Fué esta desgracia un golpe terrible para la causa liberal, pues la mayor parte de las víctimas eran veteranos que habían servido durante toda la guerra de la reforma y se podía contar con que darían en la campaña buena cuenta de su valor y pericia.

El General Díaz, sin embargo, no estaba en Chalchicomula cuando tuvo lugar este desastre; pues se había quedado en Ixtapa, donde se ocupaba en su antigua práctica de reclutar tropas, disciplinarlas y adiestrarlas. Si él hubiera estado allí es casi seguro que el desastre se hubiera evitado, pues acostum-

braba mantenerse siempre á la vista de su gente y estaba siempre al corriente de lo que ésta hacía. A ésto debe atribuírse la admirable influencia que ejercía sobre las tropas bajo su mando, y la voluntad con que éstas lo seguían á donde quiera que él dispusiera conducir las.

Entretanto, el General Zaragoza había tomado el mando de las tropas de Orizaba, y el General Díaz se le había unido con sus fuerzas originales y los reclutas que había alistado y disciplinado.

Después del desacuerdo de los aliados, previsto por la gran penetración de Doblado, de la ruptura del tratado de Londres y el retiro de Veracruz de las fuerzas española é inglesa, los franceses continuaron en la vecindad de Orizaba, á pesar de la circunstancia que el tratado preliminar de la Soledad establecía expresamente, que en caso de que las condiciones de dicho tratado provisional no fueran ratificadas en la fecha que al efecto se señaló—Abril 5 de 1862—todas las tropas de los aliados serían inmediatamente retiradas á la costa. Como no podían los franceses permanecer en Orizaba en vista del convenio que ellos mismos habían suscrito, se retiraron á "El Fortín" y allí acamparon. Zaragoza protestó contra esta violación evidente del tratado, pero el general francés no hizo caso alguno de la protesta. Contestó que permanecían allí sus tropas para cuidar de sus enfermos y convalecientes; á lo cual repuso el General Zaragoza, que no tenía necesidad de preocuparse por tal motivo, pues sus enfermos serían cuidadosamente atendidos por el Gobierno Mexicano.

Pero los franceses no tenían la menor intención de abandonar el punto estratégico que habían obtenido por el tratado de la Soledad, ni de exponer á sus soldados á los rigores de la estación calurosa que acababa de comenzar y á los estragos de la fiebre amarilla que había comenzado á manifestarse en Veracruz y demás poblaciones de la costa. Y como tenían ya arreglado con anticipación su plan de campa-



BAIRANCA DEL ESTADO DE VERACRUZ

ña, no les importaba violar las estipulaciones del tratado con tal de llevar sus instrucciones á debido efecto.

Entre tanto los conservadores, el partido de la Iglesia y los guerrilleros reaccionarios no se alejaban de la retaguardia del ejército francés ó se mantenían descaradamente en su campamento. La presencia de esta gente en el ejército francés de México, la situación del país rayana en anarquía, que estimulaban cuanto les era posible tanto los franceses como el partido conservador mexicano, y el apoyo incondicional de este partido y de la Iglesia, fueron alegados por los invasores como excusas suficientes para justificar su intervención en los asuntos del país, en nombre de la civilización y de la humanidad.

Pero no hicieron uso de estos subterfugios sino hasta que Francia deliberadamente quebrantó la paz sin haber hecho antes una declaración de guerra formal, ó haber indicado sus intenciones al Gobierno, con el cual había estado en relaciones y tratando de los asuntos en disputa durante varios meses.

Los franceses se habían retirado á "El Fortín," no lejos de Orizaba y se habían quedado en esa vecindad, como hemos dicho, pretextando el cuidado de sus enfermos. Un destacamento de cuarenta hombres aproximadamente fué estacionado en calidad de guardia avanzada en Escamela, á cinco millas de "El Fortín." Repentinamente y sin la menor indicación, un cuerpo de tropas francesas compuesto de 200 zuaivos é igual número de caballería, avanzó contra esta guardia y la atacó. La guardia se defendió heroicamente, pero se vió por último obligada á replegarse, al mando de Díaz, hacia el grueso del ejército, después de haber perecido las tres cuartas partes de su número en el campo de batalla.

Inmediatamente el General Díaz mandó aviso de este encuentro á Zaragoza en Orizaba, el cual, sin la menor demora, se trasladó á donde estaba estacionado Díaz. Como era evidente que los franceses intentaban hacer un ataque general, pues ya se veían

avanzar sus fuerzas, Zaragoza decidió que era mejor retirar las tropas al mando de Díaz á Orizaba; para lo cual ordenó á éste sostener el camino contra el avance de los franceses, inter él retiraba el grueso de las tropas. Lo que hizo Díaz, retirándose después en buen orden para reunirse con el comandante en jefe.

El siguiente día Zaragoza, de conformidad con el plan aprobado por el Gobierno liberal, evacuó Orizaba y comenzó su retirada hacia las alturas; y los franceses inmediatamente avanzaron hacia la desierta ciudad, la cual procedieron á fortificar sin la menor demora.

Retirándose por el camino de Ingenio, Zaragoza llegó á Acultzingo, donde acampó para dar descanso á sus tropas. Mientras permaneció en ese lugar, ordenó al General Díaz marchara á Tehuacán con las divisiones de Morelia y San Luis, para atacar á los cabecillas revolucionarios que estaban saqueando en el Estado de Puebla y amenazaban á Atlixco. Apenas había caminado un día esta expedición, cuando recibió su jefe orden urgente de Zaragoza de regresar inmediatamente, pues los franceses habían comenzado ya su marcha hacia las alturas.

El General Díaz, en obediencia á esta orden, regresó rápidamente y se reunió con Zaragoza en Puente Colorado.

Los franceses, que habían derrotado la retaguardia que había dejado Zaragoza en su campamento de Acultzingo, avanzaban sobre las fuerzas liberales. Ante éstas estaba el río y sólo un puente para cruzarlo. El paso del ejército tomaría dos horas, y los franceses les darían alcance mucho antes de ese tiempo.

“¿Podría usted contener al enemigo durante dos horas?” preguntó Zaragoza á Díaz. “Probaré hacerlo” contestó el último.

“Entonces tome usted la brigada de Oaxaca y haga usted todo lo posible,” dijo Zaragoza.

Era la vieja brigada que Díaz conocía tan bien,

los hombres que habían peleado á su lado en más de una sangrienta batalla, los viejos soldados que tenían toda confianza en él y en quienes él había puesto tantas veces su fé. Era Díaz y Oaxaca; combinación que con tanta frecuencia había dado la victoria, aún en las situaciones más difíciles y combatiendo contra fuerzas diez veces más numerosas. Y la combinación iba á dar esta vez también el mismo resultado, á pesar de que las fuerzas opositoras eran de los mejores soldados de Europa.

Díaz, con sus soldados de Oaxaca, defendió el paso del puente durante las indispensables dos horas, haciendo frente á los más obstinados ataques de parte del enemigo, diezmando á los franceses con una batería que había colocado con gran ventaja en la cima de un monte; mientras que el ejército mexicano cruzaba el río por el único puente utilizable. Pero Zaragoza había calculado mal el tiempo necesario para el paso, por lo que tuvo que enviar á decir á Díaz y á sus oaxaqueños, de sostenerse, si era posible, durante una hora más. Y no sólo sostuvieron el puente con la misma bravura que el Horacio de los antiguos romanos manifestó al sostenerse contra las huestes toscanas, hasta que el ejército mexicano había sido pasado del otro lado del río con toda seguridad, sino que mantuvieron su posición hasta que entró la noche, cuando se retiraron con todo orden para reunirse al cuerpo del ejército.

Esta defensa del puente evitó un encuentro entre los ejércitos francés y mexicano en momentos en que este último no estaba preparado para aceptar la batalla; y no se puede exagerar su importancia, porque salvó de un desastre á las fuerzas de Zaragoza y probablemente salvó la vida al invicto general, que poco más tarde sería el héroe del sitio de Puebla.

El ejército mexicano continuó su retirada hacia Puebla, con los franceses en la retaguardia tan de cerca, que cuando llegaron á la ciudad el 3 de Mayo de 1862, el ejército invasor estaba solamente un día de marcha detrás.